

Jerónimo de Praga
(Jeronym Pražský)
1379 - 1416

António

¡Poggio saluda a su Leonardo de Arezzo!

Habiendo permanecido en el balneario algunos días escribí una carta, supongo que la leerás, justo desde tal cura a nuestro Nicolás. Cuando a continuación había vuelto a Constanza comenzó, pocos días después, el proceso en contra de Jerónimo al que se acusaba de herejía, a saber públicamente. Ahora, pues, quiero describirte ese juicio, por un lado por la importancia del proceso pero, por otro, en particular a causa de la elocuencia y formación del hombre.

Confeso nunca haber presenciado a un hombre que en su defensa, para colmo a ultranza, se hubiera acercado más a la grandilocuencia de los antiguos. Es asombroso con cuales palabras, con cual fluidez, con cuales argumentos, con que lenguaje mímico y con cual autoconfianza respondía a sus adversarios y al final exponía su discurso de defensa, de suerte que es lamentable que una tal facultad maravillosa y destacada se haya atrevido a esas intrigas heréticas; si es que es cierto lo que se le da sorrostrada. Pues no está sobre el tapete que yo dicte un fallo en un asunto tan importante; y así secundo a los que son considerados más sabios. Y tampoco debes creer que relataré el juicio en todo detalle según la costumbre de un ponente; llevaría demasiado lejos y para ello harían falta muchos días. Tan solo rasaré algunos de los puntos más significativos con los que podrás percartarte de la formación de ese hombre.

Aunque se había reunido mucho en contra de Jerónimo sobre cuya base se le acusaba de herejía, se resolvió, así y todo, que debía responder en público a las individuales recriminaciones. Así pues, cuando entonces había sido guiado a la asamblea y cuando se le ordenó a contestar a aquellos reproches, se resistió durante algún tiempo y explicó que antes de responder a las calumnias de sus adversarios debería poder defenderse a sí mismo.

Pero cuando le habían rechazado esta solicitud se puso de pie, dio unos pasos al centro de la asamblea y habló: “¿Pero qué tipo de injusticia es ésta que en los trescientos cincuenta días que pasé en el calabozo, en la más dura detención, en la peor suciedad, en el excremento, en atadura, en completa privación, vosotros continuamente habéis prestado oídos a mis contrincantes y adversarios, pero ahora no me queréis oír ni siquiera una hora? Y así sucede que, ya que ellos fueron escuchados por cada uno y pudieron persuadirnos en este período alargado de que yo fuera un hereje, un enemigo de la fe en Dios, un declarado opositor a la gente de la iglesia, y porque ahora no se me da ninguna oportunidad para la justificación, en vuestros pensamientos ya me habéis catalogado de hombre afrentoso, antes de haber podido discernir quién soy realmente.” Y en adelante dijo: “Pero vosotros sois humanos y ningunos dioses, no eternos sino mortales. Podéis fallar y errar, ser despistados, engañados, seducidos. ¡Aquí, se dice, están reunidos cabezas célebres, los más inteligentes

del mundo! Así es cómo debe ser, más que todo para vosotros, nada debe ser puesto en marcha precipitada, nada imprudentemente, nada en oposición con la justicia. Naturalmente, tan sólo soy un pequeño hombrecito de cuya cabeza se trata, y aquí no hablo para mí que llevo una existencia pasajera; pero me parece indignante si a pesar de la inteligencia de tantos hombres sea fijado, enteramente en contra de la justicia, un castigo en contra de mi persona que dañará menos por el asunto en sí, sino por su mal ejemplo.”

Cuando de manera artística hubo expuesto esto y mucho más, e inquietud y queja generalizados interrumpieron su discurso, después de todo se resolvió que primero respondiese a las acusaciones alegadas en contra de él y que después todavía se le diera la oportunidad de decir lo que quisiera decir. Así que, desde el pódium fueron leídos individuales puntos principales del cargo, después fue preguntado si querría replicar algo, y al fin las acusaciones fueron corroboradas por las atestiguaciones.

Es increíble cuán astutamente respondía, con cuales argumentos se defendía. Jamás expresaba algo que no le correspondía a un hombre honrado, de tal manera que, si se trataba de su auténtica fe la cual profesaba en sus palabras, no se podía hallar sólido motivo alguno para con la pena de muerte, pero incluso ni siquiera el más mínimo escándalo.

Todo es falso, proclamó, toda acusación inventada por sus adversarios. Cuando, entre otras cosas, se leyó que era un calumniador de la Santa Sede, un opositor del papa romano, un declarado enemigo de prelados y sacerdotes, un adversario de la fe cristiana, se levantó y dijo con voz querellante y brazos extendidos: “¿A quién he de dirigirme ahora, clero congregado? ¿Cuya ayuda implorar? ¿A quién suplicar, a quién evocar? ¿Acaso a vosotros? Pero aquellos mis acosadores, pues, os han hecho indiferentes frente a mi destino al declararme enemigo de todos - ¿o acaso tan sólo de aquellos que aquí sentenciarán? Evidentemente han creído que vosotros, aun al pareceros insignificante lo ficticio en contra de mí, todavía ibais a tumbar con vuestros fallos al enemigo y contrincante de todos en común como el cuál esa gente me calumnia del todo injustamente. Si pues dais fe a sus palabras, entonces ya no hay nada que referente a mi vida todavía podría ser esperado.”

A muchos reprendió con humor y observaciones filosos, una y otra vez causó risa a muchos en este serio asunto, en cuanto bromeaba sobre las recriminaciones de esa gente.

Al ser preguntado lo que pensaba acerca de la eucaristía, dijo: “Antes de la transformación es pan, después el verdadero cuerpo de Cristo.” Y también lo demás explicaba conforme a la fe cristiana. Entonces uno hizo tal objeción:



“Pero hay los que afirman que dijiste que después de la transformación seguiría siendo pan.” A lo cual replicó aquél: “¡Con el panadero sigue siendo pan!” Y cuando uno de la orden dominicana le apremió bastante duro, dijo: “¡Cállate, hipócrita!” Y a otro que por su buena conciencia juró en contra de él, dijo: “Ese es el camino más seguro de despistar a otros.”

Pero cuándo, debido a la multitud y gravedad de las acusaciones, no se pudo acabar el juicio aquél día, ha sido pospuesto al tercer día. Cuándo en aquél fue leído el contenido de las individuales alegaciones y acto seguido confirmado por varios testigos, este hombre se levantó y dijo: “Ya que habéis escuchado tan detenidamente a mis adversarios es solo lógico que ahora me escuchéis pacientemente también a mí al hablar.” Cuándo al fin, aunque entre muchos gritos altos, se le dio la oportunidad de responder, pidió urgentemente y bajo la invocación de Dios que se le mostrase una tal actitud, que se le ofreciese una tal posibilidad de explicarse, que el asunto pudiera volverse hacia su ventaja, hacia su salvación.

“Sé, mis eruditos caballeros”, dijo finalmente, “que hubo muchos hombres destacados que tuvieron que aguantar castigos que no correspondían con sus logros, que con ayuda de falsos testigos fueron probados culpables, que fueron condenados por culpa de sentencias injustas...” Empezó con Sócrates y relató como éste había sido condenado injustamente por sus paisanos y que no quiso huir tampoco, aunque se presentó la oportunidad para ello, para quitarles a los hombres el temor a ambas vicisitudes que toman por los más duros, el calabozo y la muerte. Entonces les recordó el encierro de Platón, las dolencias de Anaxágoras y de Zenón, además la condenación injustificada de muchos gentiles, la condena de Rutilio, la de Boecio y otros que, tal como informó Boecio, tuvieron que padecer una muerte inmerecida. Después llegó a ejemplos de judíos y pronto dio cuenta de cómo Moisés, aquél liberador de su pueblo y legislador, hubo sido difamado por los suyos y, además, cómo José, por celos, fue vendido por sus hermanos y luego encadenado debido a imputación de adulterio. Aparte de ellos enumeró a Isaías, Daniel y todos los profetas que, como si fueran despreciadores de Dios, como si fueran insurgentes, llegaron a ser víctimas de injustas condenaciones. También la condena de Susana y además la de muchos hombres que, aunque obrasen de manera sumamente piadosa, hubieron de morir a causa de sentencias y procedimientos judiciales injustos. Luego dijo, llegando a Juan el bautista y a nuestro Redentor, que era conocido por todos, pues, que hubieran sido condenados por culpa de falsos testigos y sentencias; además hubiese sido matado Esteban por el consejo de sacerdotes, todos apóstoles hubieran sido condenados a muerte, no como gente honorable sino como los que ejercen amotinamiento del pueblo, como despreciadores de Dios y como malos criminales. Se tratase de injusticia, dijo, cuando un cura fuese condenado por un cura; empero eso hubiera ocurrido,

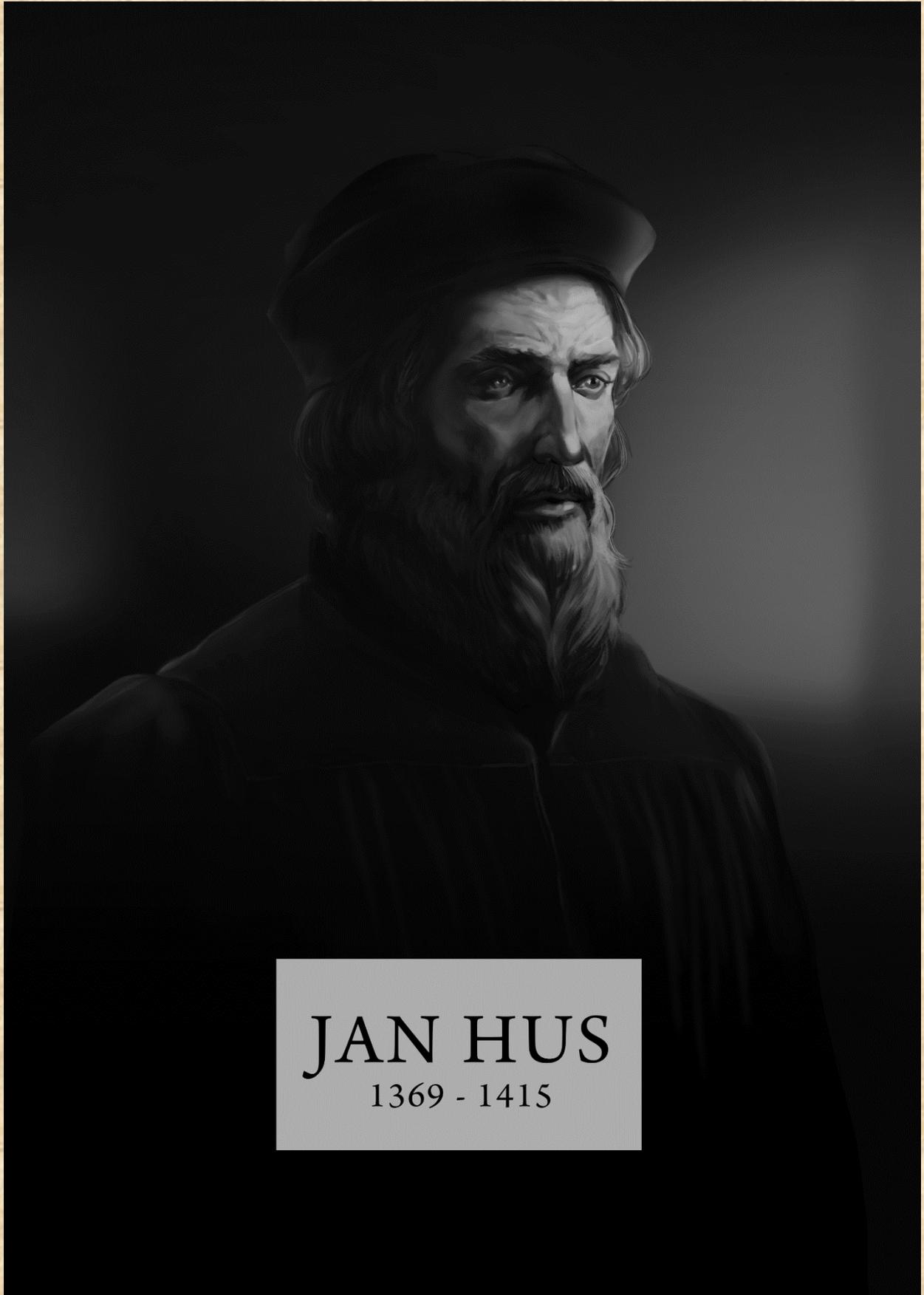
explicó. De mayor injusticia aún fuera cuándo la condenación se efectuase por un consejo de curas; incluso esto lo demostró mediante de un ejemplo. Pero la injusticia más grande fuese cuándo se realizase por medio de un concilio. Y mostró que también esto ya había ocurrido.

Esto lo había debatido elocuentemente, a lo largo de una gran emoción común. Pero ya que en este juicio a los testigos se les había sido proporcionado particular peso, explicó con diversas maneras que no había que creerles a esos testigos, más que todo por no haber hecho sus declaraciones fielmente, sino guiados por odio, envidia y falta de gracia. Entonces explicó las razones de su odio de tal índole que ya no estaba lejos de convencerlos; éstas razones eran tan señaladamente comprensibles que a aquellos testimonios tan solo podía ser dado escaso crédito, si una vez uno prescindía de cuestiones de la fe.

Todos estaban conmovidos y adoptaron un compasivo talante. Por añadidura había mencionado haber venido al concilio a voluntad para justificarse, había expuesto su trayectoria vital y sus estudios llenos de cumplimiento de deberes y virtud. A todo esto había hecho notar que érase habitual con los viejos más santos y eruditos hombres el tener distintas opiniones en asuntos de la fe lo que sin embargo no guiaba hacia el debilitamiento de la fe sino a la consecución de la verdadera fe. Así no hubieran sido uno Agustín y Jerónimo y con esto no solamente hubieran representado opiniones distintas sino aun contrarias, enteramente sin sospecha alguna de herejía.

Todos esperaban que se iba a justificar y así se distanciara de las acusaciones, o que incluso pediría el perdón por sus errores. Pero aquél aseguró seriamente ni haber errado ni estar dispuesto a querer distanciarse de los cargos inventados por otra gente, y finalmente se atrevió a himnos de alabanza hacia Jan Hus, ya condenado a la muerte en el fuego, calificándolo de hombre bueno, justo y santo que no hubiera merecido una tal muerte. También él estuviera listo de soportar cualquier muerte posible valientemente y firme, y entregarse a sus enemigos, esos testigos que tan impudicamente mentían, que empero entonces, en el Juicio Final, ante Dios, al que no podían engañar, iban a tener que rendir cuentas de sus declaraciones.

Grande era el duelo de los presentes; pues quisieron ver salvado a este hombre inusual, si tan solo también hubiera mostrado la actitud correcta. Pero aquél se atenia a su opinión y pareció desear la muerte, elogió a Jan Hus y dijo que éste no había representado opiniones en contra de la posición de la iglesia de Dios sino antes en oposición del despilfarro de la gente de la iglesia, del orgullo, de la arrogancia, la vanidad y el afán de ostentación de los prelados.



JAN HUS
1369 - 1415

Puesto que los bienes de la iglesia estarían primero para el apoyo de los pobres, después de los peregrinos y finalmente de la edificación de la iglesia, le pareció indigno para un hombre honorable el malbaratarlos para con meretrices, banquetes, crianza de caballos o perros, indumentarias ostentosas u otras cosas no conciliables con la doctrina de Cristo.

Pero lo siguiente evidenció su particular carácter: cuándo su disertación fue interrumpida con mucha frecuencia por variado alboroto y alguna gente que le quiso sonsacar sus opiniones le apremió duramente, no dejó a ninguno de entre ellos incólume, regañó a todos a la vez y les hizo ruborizarse o callarse. Cuándo surgía gruñido, guardó silencio, en ocasiones reprendió a la multitud y luego proseguía su discurso cuando, si ya no querrian escuchar, pedía insistentemente que se le dejara hablar. Jamás demostró miedo con estas perturbaciones y perseveró en su postura firme e impertérrita.

Lo siguiente pero es una prueba sorprendente del rendimiento de su memoria: trescientos cuarenta días había pasado en la profundidad de una torre fétida y oscura, un tiempo sobre cuya severidad él mismo se quejaba (sin embargo mencionó que, tal como debía ser para con un hombre valeroso, no se quejaba por haber padecido un tormento inmerecido, sino que tan solo se asombraba de la inhumanidad de la gente frente a él) y en el que ni mucho menos hubo tenido alguna posibilidad para leer y ni aun para ver.

Ni siquiera estoy hablando de su miedo profundo que hubo de atormentarle diariamente, que hubiera tenido que apagar todo recuerdo; así y todo enumeró tantos hombres eruditos y de lo más sabios como testigos de sus opiniones, a tantos academistas de la iglesia colocó como apoyo de su criterio en el centro de sus cumplimentaciones, que esto ya hubiera sido más que suficiente si todo este tiempo se hubiera dedicado a estudios letrados en completo relajamiento y perfecto reposo. Su voz érase suave, clara, sonora y de cierta dignidad. Con su gesticulación retórica pudo exteriorizar tanto enfado como también despertar compasión la que ni exigía ni en absoluto quiso ganar. Estuvo de pie sin miedo, impertérritamente no solo no temiendo la muerte sino buscándola, de suerte que se le hubiese podido calificar de segundo Catón.

¡Oh! ¡Tú, hombre que hubieras merecido memoria eterna! Si haya defendido opiniones en contra de las máximas de la iglesia, no elogiaré tal cosa; pero admiro su formación, su conocimiento para con muchos ámbitos, su grandilocuencia, su modo agradable de hablar y su ingeniosidad a la hora de justificarse. Empero me temo que la naturaleza le haya regalado todos estos dones para su propia perdición. A continuación se le concedieron todavía dos días para el arrepentimiento.

Muchos hombres muy cultos venían a él para disuadirle de su postura, entre ellos también el cardenal de Florencia que le visitó para meterle en vereda; pero cuando se atrincheró demasiado en sus errores, fue condenado de hereje por el concilio y quemado.

Con cara jubilosa y expresión serena esperaba a su muerte, no temió al fuego, no la manera del tormento y de la muerte. Ningún estoico jamás ha sufrido con tan firme y valiente sentido la muerte como pareció hasta desearla aquél. Al llegar al lugar de la ejecución, él mismo se quitó su ropa, cayó de rodillas y alabó al palo al cual luego lo ataron. Primero lo aprisionaron desnudo con cuerdas húmedas y al final con una cadena al palo. Acto seguido amontonaron leños alrededor suyo hacia la altura del pecho, ningunos pequeños sino grandes, y paja de por medio. Cuando entonces a la hoguera la hubiesen encendido, aquél comenzó a cantar un himno al que el humo y el fuego apenas pudieron interrumpir.

Y ésta es tal vez la prueba más grande de su perseverancia: cuando el verdugo quiso encender al fuego tras su espalda, para que no lo pudiera ver, exclamó: "¡Ven acá y enciéndelo ante mis ojos! Pues si hubiera tenido miedo al fuego, entonces ni siquiera hubiera venido a este lugar al que hubiera podido evitar también."

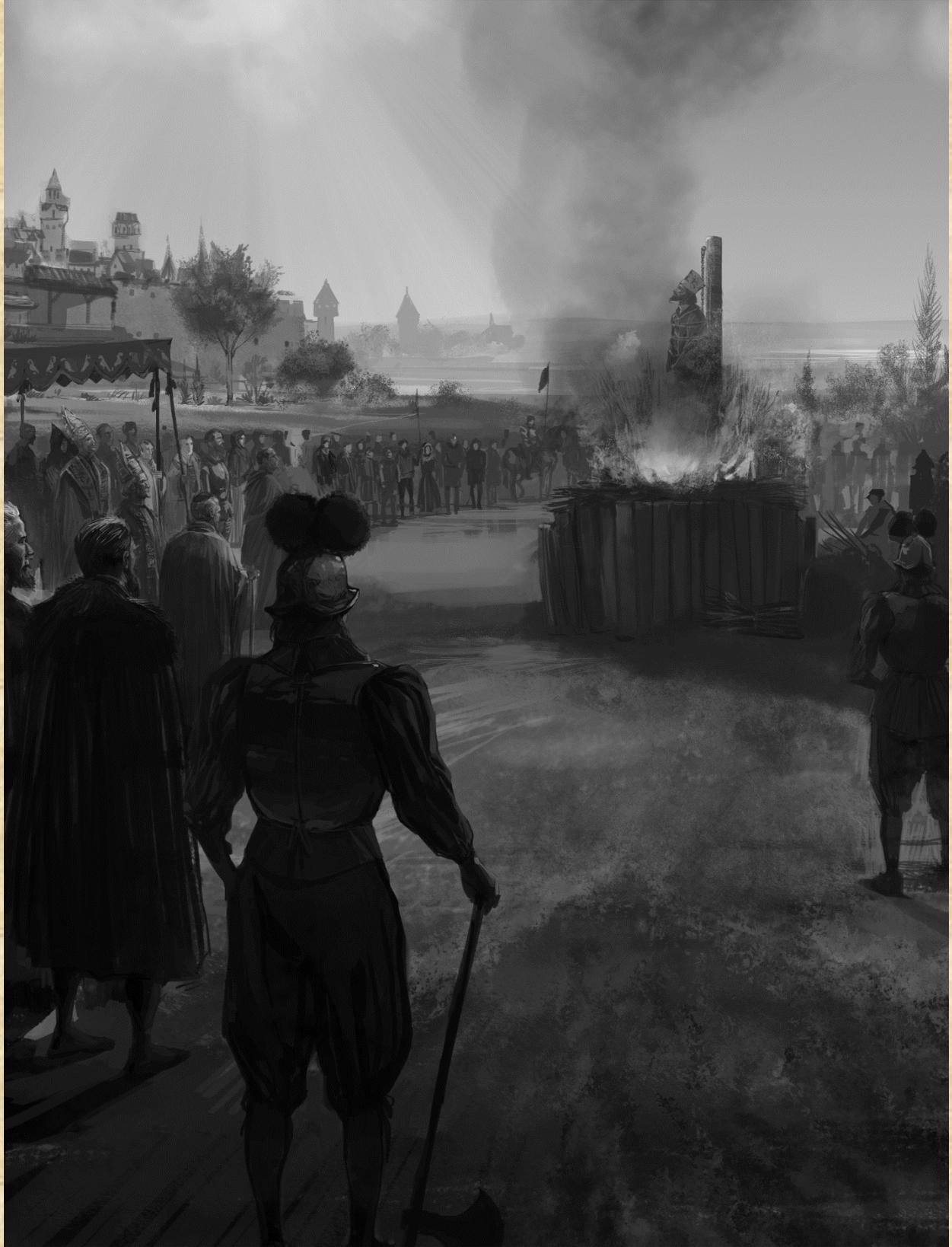
De esta manera encontró su fin este, aparte de su fe, maravilloso hombre. Yo fui testigo ocular de aquél fin y he observado todos los detalles. Haya actuado de esta manera por una fe desorientada o por terquedad, bien uno habrá descrito la muerte de un hombre de entre la fila de los filósofos.

He contado toda esta letanía porque tenía tiempo para ello y porque aun en el ocio quise hacer algo e informarte de acontecimientos que ostentan similitudes con las historias de los antiguos.

Pues ni el célebre Mucio ha dejado quemar una parte de su cuerpo con una tal esperanzada valentía como éste a todo su cuerpo, ni ha tomado tan dispuestamente Sócrates el veneno como éste ha recibido al fuego. Pero ya ha de ser suficiente.

Perdóname si he sido demasiado minucioso, pero la historia hubiera merecido una aún más concienzuda descripción; pero no quise ser demasiado hablador.

¡Que te vaya bien, mi querido Leonardo!



Traducido del alemán por Edward Rosenthal. Ilustraciones de Tulio Barrios del Carpio.